

Violencia híbrida: una ilustración del concepto para el caso de Colombia

Hybrid violence: An illustration of the concept for the case of Colombia

FRANCISCO JIMÉNEZ BAUTISTA

Universidad de Granada, España
fjbautis@ugr.es

Abstract

In this article we analyze and diagnose the concept of «hybrid violence» as the sum of the different types of violence (direct, structural, cultural and symbolic) within the Research for Peace. Within the process of evolution of the different forms of violence it seems appropriate to specify how the concept of hybrid violence is constructed for the case of Colombia, where we think that the culture of violence has transcended the conflict and has become naturalized.

This article aims to point out the most important aspects that construct this violence which has been built through a profile of structuring indicators through the disproportionate use of violence, desire for destruction to the enemy, intolerance and Manichaeism, the cult of the strong man and ubiquity.

Key words: Latin America; Colombia; Neutral Peace; Violence and Hybrid Violence.

Resumen

En este artículo analizamos y diagnosticamos el concepto de *violencia híbrida* como la suma de las distintas violencias (directa, estructural, cultural y simbólica) encontradas dentro de la actual Investigación para la paz. En el proceso de evolución de las distintas formas de violencia nos parece oportuno concretar cómo se construye el concepto de violencia híbrida en articular para el caso de Colombia dónde pensamos que la cultura de la violencia ha transcendido al conflicto y se ha naturalizado.

Este artículo pretende señalar los aspectos más importantes que construyen esta violencia que se ha ido construyendo a través de todo un perfil de indicadores estructurantes mediante el uso desproporcionado de la violencia, ansia de destrucción del enemigo, intolerancia y maniqueísmo, el culto al hombre fuerte y la ubicuidad.

Palabras clave: América Latina; Colombia; paz neutra; violencia y violencia híbrida.

1. Introducción: hacia una violencia híbrida

La *violencia híbrida* se configura como contrapartida de una *paz híbrida* y, a su vez, configura un horizonte de *guerra híbrida*. Colombia es uno de los laboratorios sociales más importantes para analizar la violencia. Su realidad no parece adaptarse al concepto de guerra convencional, aunque este sea un conflicto muy violento donde se producen bastantes víctimas. «La guerra, en su sentido estrictamente técnico, es aquel conflicto social en el que dos o más grupos humanos relativamente masivos –principalmente tribus, sociedades o naciones– se enfrentan de manera violenta, preferiblemente, mediante el uso de armas de toda índole, a menudo con resultados de muerte –individual o colectiva– y daños materiales de una entidad considerable» (Clausewits, 1994; Reinel, 2004).

En este inicio de siglo XXI, estamos construyendo un conjunto de categorías y conceptos de realidades que utilizan el concepto de «guerra híbrida» entendida como un conflicto llevado a cabo por medios no militares y, en algunos casos, militares, con el objetivo de obligar al enemigo a tomar decisiones y actos, que no tomaría por sí mismos. Esto se utiliza en operaciones psicológicas, propaganda, sanciones económicas, embargos, actividades delictivas, actividades terroristas y otras actividades subversivas de cualquier naturaleza (Mattis y Hoffman, 2005).

La *guerra híbrida* puede ser entendida como un conflicto que involucra la combinación de fuerzas militares convencionales e irregulares (guerrillas, insurgentes y terroristas). Es un nuevo concepto y una herramienta para comprender las nuevas transformaciones de las guerras y los conflictos. Son guerras de cuarta generación, denominación propia de la doctrina militar que entiende los conflictos de baja intensidad, la guerra de guerrillas, guerras asimétricas, entre otras.

Este tipo de guerras debemos enfrentarlas desde una paz neutra (Jiménez, 2011, 2014), pero aquí, queremos apuntar dos nuevos conceptos que tienen que comenzar a desarrollarse desde la Investigación para la paz: *violencia híbrida* (Jiménez, 2018) como una 4ª etapa de las violencias y, en especial, una *paz híbrida* para conflictos que no son fáciles de entender: la guerra de Israel-Hezbollah en 2006; ISIS y su desarrollo en Iraq en 2014; el narcotráfico en México; las guerrillas en Colombia, etc.

Figura I. Violencias y paces y conceptos

| | | |
|---------------------------------|--------------|-------------------------|
| 1. Violencia Directa | Paz negativa | Cultura de paz |
| 2. Violencia estructural | Paz positiva | Derecho Humano a la paz |
| 3. Violencia cultural/simbólica | Paz neutra | Paz mundo |
| 4. Violencia híbrida | Paz híbrida | Conflicto híbrido |

Fuente: Elaboración propia.

En esta nueva etapa de la *hibridación y amalgama* es muy importante trascender las dualidades, así como, el juego de la dialéctica de paz y guerra; y comenzar a plantear estrategias para la construcción de un paradigma pacífico. No es la suma de todas las violencias y todas las paces, más bien, es algo nuevo que tenemos que afrontar desde la Investigación para la paz. Con respecto a este tema Georg Simmel dice:

«El ser humano opera con categorías intelectuales, con juicios de valor que favorecen las distinciones, [...] conforme a una lógica de descontrol/control, preparación/realización,

transitorio/definitivo. Lo mismo con la paz y la guerra: dos hechos sucesivos y simultáneos de la vida social, tan imbricados que las condiciones del próximo combate se gestan en la paz, y viceversa» (Simmel, 2010: 81-82).

Nos parece que el problema aún no está resuelto. *¿Por qué se hace la guerra?* Los animales, pongamos por ejemplo, los leones la hacen para alimentarse y sobrevivir. Pero ¿por qué los Ñu matan a los leones pequeños? En el caso de los humanos, sabemos cómo se comienza un conflicto, pero no sabemos cómo se termina ya que los seres humanos reproducimos todos nuestros dolores como sentimientos de venganza, ira, celos, etc... y cada día le añadimos conceptualizaciones nuevas para justificar lo más ruin de nuestra propia existencia: *tengo ganas de matar a alguien*. A todo esto, le llamamos justicia, guerra o revolución; en esta realidad, la *paz híbrida* opera sobre los conceptos aunque todo esto deja huellas. Por ejemplo, en el caso de Colombia que conocemos bien: se negocia, se amnistía y después se matan a los que se desarmaron. Esto nos indica que no se ve muy clara la salida a tanta violencia (nosotros llamamos híbrida). Por tanto, toca seguir siendo un *Trabajador por la paz*, pero no es fácil (como dicen los cubanos). Dos ejemplos más,

- Europa declara la guerra al terrorismo que sólo logró crear un nuevo terrorismo (*paz híbrida*), por ello, necesitamos una Educación neutral para la paz que no eduque en ver imágenes, para poder así, (de) construir la realidad que nos ha tocado vivir y que nos violenta.

- Necesitamos construir un mundo de progreso, pero, la realidad es que aparecen ideas contrarias al mismo, como el nacionalismo, el populismo, nuevas religiones, la hostilidad de los intelectuales hacia las ciencias. Así como, amenazas existenciales, por ejemplo, el terrorismo.

Un énfasis en el Estado de derecho y el fin de la impunidad. En las guerras, todas las partes legitiman las muertes por las que son responsables. Hacemos hincapié en el aspecto criminal de las nuevas guerras porque creemos que el planteamiento clásico militar no funciona. Matar a los enemigos suele agravar el conflicto, no terminarlo. Éstos deberían ser arrestados y enjuiciados; además, la protección de la población civil debe ser el objetivo central. Asimismo, las aproximaciones diplomáticas convencionales tampoco funcionan ya que muchas veces terminan por legitimar a las partes beligerantes y, a su vez, agudizan las condiciones sociales de las guerras híbridas. Las partes implicadas tienen que terminar el conflicto, pero, no pueden hacer la paz ya que esto congela o perpetúa la base social de las guerras híbridas. En este sentido, el proceso de paz colombiano es muy innovador, y lo creemos por tres razones: *primero*, por la distinción entre terminación del conflicto y transformación del conflicto; *segundo*, por la inclusión de las víctimas; y *tercero*, por el énfasis en la justicia transicional.

La *paz híbrida* ocurre cuando se aplica la diplomacia típica de arriba-abajo a las *guerras híbridas*. Se llega a un acuerdo de paz entre las partes beligerantes que enquistas las posiciones políticas de ambas. En las guerras híbridas, los combates son poco frecuentes y, sin embargo, la población civil sufre la mayor parte de la violencia. Estos acuerdos frenan la violencia en ambos lados y, a su vez, debilitan la legitimación de la violencia contra la sociedad civil; pero, como las partes están tan enquistadas en sus posiciones, la depredación económica y la vulneración de los derechos humanos persisten replicando una *violencia híbrida*.

Figura II. Etapas y generaciones de violencias y paces

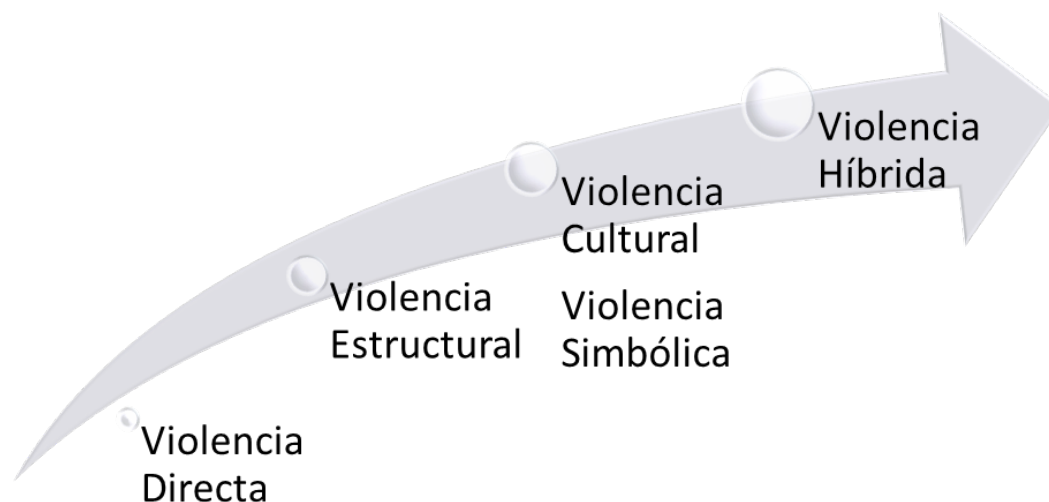
| Violencias | 1ª | 2ª | 3ª | 4ª |
|---|--------------|--|-------------------|----------------|
| 1. Violencia Directa (física, psicológica, verbal, etc.) | Paz Negativa | Paz Social | Paz Multicultural | Paz Vulnerable |
| 2. Violencia Estructural (Desde instituciones, estructuras, etc.) | Paz Positiva | Paz Gaia/ Paz Ecológica | Paz Intercultural | Paz Sostenible |
| 3. Violencia Cultural (ideologías, medios de comunicación, etc.) – Violencia Simbólica (poder, cultura dominante, etc.) | Paz Neutra | Paz Interna | Paz Transcultural | Paz Resiliente |
| 4. Violencia híbrida (interconexión) y amalgama de las violencias anteriores. | Paz híbrida | Cultura de paz Derecho Humano a la paz Paz mundo | | |

Fuente: Jiménez, 2004, 2016, 2018.

La Figura II parte de la tesis que mantiene que, la paz no existe ni funciona sino en relación con la violencia. La paz confiere un poder sobre la violencia, sobre las instituciones materializadas o incorporadas, de producción o reproducción, cuya distribución la estructura la misma violencia; sobre las regularidades y las reglas que definen el funcionamiento de la violencia; así como, los beneficios que dicha violencia engendra. Esta cartografía de violencias y paces siempre han estado muy ligadas al poder. Han sido un instrumento del poder y de los gobiernos, controlando los territorios, la economía, la política, las fronteras.

Nuestra idea de partida es que la hibridación sería la suma de las cuatro violencias, pero, cuyo resultado no es sólo la amalgama de las violencias sino que, existe un componente nuevo que permite vivir la violencia híbrida con la paz híbrida. Por ejemplo, la sociedad mexicana (por atrayente que pueda resultar tanto por su riqueza patrimonial como por su diversidad cultural) sufre un entramado de violencias: violencia directa, estructural y cultural/simbólica, que generan una nueva forma de violencia que nosotros llamamos *violencia híbrida*, pero que otros autores suelen llamar *violencias interseccionales* (Bouteldja, 2013).

Figura III. Siguiendo el camino de la violencia



Fuente: Elaboración propia.

Sabemos que la violencia, en sumo extremo, es operativa y eficiente. Los casos de: la Revolución Francesa, y en ella, la puesta en uso de la guillotina hizo posible que la eliminación de personas provocase un cambio radical; los cambios y muertes que provocó la Revolución Rusa desde 1917, produjo un cambio radical para que una sociedad enquistada de la Edad Media pasase al siglo XX, es decir, una profunda transformación materializada en el nacimiento de la Unión Soviética; hoy China es lo que es, por lo que implica la Revolución Cultural, con sus más de cincuenta millones de muertos en dicho país. Estos cambios radicales requieren medidas estrictas ya que podríamos llegar a pensar que no puede haber una revolución sin un número considerable de muertos. Slavoj Žižek señala que es hipócrita pretender superar los problemas sin violencia cuando el capitalismo lo aplica todos los días en todas las partes del mundo (Žižek, 2009).

Cuadro 1. Paces *versus* violencias

| Etapas | Paces | Violencias | |
|--------|--|---|--|
| 1ª | Paz negativa (Galtung, 1964) | Violencia directa | Paz híbrida (Jiménez, 2018) Violencia híbrida (Jiménez, 2018) |
| 2ª | Paz Positiva (Galtung, 1964, 1969, 1985) | Violencia estructural (Galtung, 1969) | |
| 3ª | Paz Cultural (Galtung, 1990) Paz Neutra (Jiménez, 1997) | Violencia cultural (Galtung, 1990) Violencia Simbólica (Bourdieu y Passeron, 1977) | |

Fuente: Elaboración propia.

2. La violencia híbrida de la cultura en Colombia

Para el abordaje de la connotación cultural seguimos a Clifford Geertz (1990: 20), en el sentido de que, *ella es un sistema de símbolos con los cuales interactúan los seres humanos*; y para las expresiones e *indicadores culturales* a Peter Waldmann (2007). Partimos de la siguiente tesis: la Antropología es transversal y la cultura es neutral (Jiménez, 2016).

La cultura podría entenderse como un tejido social que abarca las distintas manifestaciones y expresiones de una sociedad determinada, tales como sus costumbres, sus prácticas rituales, sus creencias, sus normas de comportamiento. En síntesis, podremos decir que la cultura la constituyen una serie de mitos, ritos, símbolos, signos y fórmulas que caracterizan a una sociedad determinada. Como se analizará, estos aspectos, lamentablemente, están permeados por la violencia en la sociedad colombiana; razón por la cual, se puede inferir que existe en Colombia una cultura de la violencia híbrida de indicadores estructurales.

La violencia en Colombia es múltiple, poliforme y ubicua; y la cultura de la violencia tiene una serie de indicadores estructurales (propios de la naturaleza de la violencia), mentales (tendencia y disposición a la violencia) y ausencia de normas (anomia social) que la pudieran limitar. La violencia es persistente y abarca casi todas las órbitas de la vida social, lo que hace que Álvaro Camacho afirme que «Parecería que nuestra violencia es un demiurgo, una esencia, capaz de producir su propia realidad y aparecer con distintos ropajes» (Camacho, 1991: 24).

Esa esencia, esa realidad y esos ropajes hacen referencia a los factores estructurales de la violencia en Colombia entre los que podemos señalar su ubicuidad, la disposición arraigada a la violencia y la tendencia al uso de la violencia extrema para solucionar problemas elementales (Jiménez y González, 2012 y 2013).

2.1. Ubicuidad

Entre los factores estructurales, en primer lugar, hay que considerar la «ubicuidad» de la violencia en las distintas esferas sociales y en todo el territorio nacional. Es difícil encontrar un ámbito social, un lugar geográfico, un grupo de personas que no hayan sido, a largo plazo, afectados por ella. Que se trate de las ciudades del interior, del micro ámbito de la familia, del macro ámbito de la política, de la clase baja, media o alta, de la justicia o de cualquier sector de la economía, la violencia siempre está presente. Como señala Waldmann:

Está claro que se presenta bajo distintas formas y secuencia de intensificación. Pero sería equivocado inferir de esto que las diferentes formas de violencia tienen distintas causas, al contrario: cuando en todas las situaciones imaginables y para todos los fines posibles se recurre a los medios de la coerción física, entonces se puede concluir que existe una disposición básica común que produce este comportamiento uniforme. ¿Y cómo podría producirse esta continua disposición básica si no fuera por modelos de comportamiento culturales? (Waldmann, 2007: 300).

La violencia colombiana no está sujeta ni reducida a un solo tipo expresiones, por el contrario, existen manifestaciones diversas de ella. La violencia en Colombia, como se señaló, es múltiple, de formas diferentes y presente tanto en las distintas regiones naturales del país (de por sí bien diferenciadas) así como en los distintos estratos sociales. Ello señala una disposición socio-cultural que se expresa en la gran cantidad de actores colectivos y las rutinas violentas de su accionar.

Existe una inmensa variedad de contextos sociales en los cuales se produce: la violencia del narcotráfico, que por las condiciones mismas del negocio, implica una elevada potencialidad violenta; la violencia que es resultado de la delincuencia común; la violencia vinculada a la acción guerrillera contra el Estado o contra particulares; la violencia de los civiles que se organizan en grupos de autodefensa; la violencia que nace de los propios organismos de seguridad del estado, bajo cobertura legal o por fuera de ella, como es el caso de los grupos paramilitares; las llamadas violencias de limpieza organizadas muchas veces por particulares, contra mendigos, prostitutas, travestis, etc.; la violencia que se realiza por encargo para dirimir una gama muy diversa de asuntos o violencia sicarial; la violencia de las bandas juveniles en las grandes ciudades; la violencia de las llamadas milicias populares que se organizan en las grandes ciudades contra las bandas juveniles y los grupos de sicarios; la violencia asociada a procesos de colonización; la violencia contra minorías raciales en la lucha por el control del territorio; la violencia que se desarrolla en ámbitos estrictamente privados como la familia; etc. (Valencia, 1998: 24-25).

Esta capacidad instalada para ejercer la violencia y la coerción, a lo largo y ancho del país, y esa extendida ubicuidad que cubre los distintos espacios habitados del territorio nacional produce una serie de estadísticas vergonzantes sobre la cantidad de perpetración de acciones violentas. Expresadas, entre otras, en homicidios, masacres, violación de los

Derechos Humanos; perpetrados en Colombia y que ubican a esta nación en lugares muy alejados, con relación a las estadísticas mundiales. El 31 de marzo de 2010, por ejemplo, la Directora General del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses afirmaba:

El último año en Colombia fue dramático con respecto a la tendencia porque tuvimos un aumento de los homicidios por encima del 16% frente al año anterior [...] En Colombia tenemos una tasa de homicidio unas cuatro veces más alta que la mundial, son excesivamente altas (Forero, *La Patria*, 2010, 31 de marzo).

Además, teniendo en cuenta el Informe del *Institute For Economics and Peace* (2012), conocido y publicado anualmente desde 2007 como *Global Peace Index*, para el año 2011, por ejemplo, Colombia es catalogada como el país menos pacífico de América Latina. Así mismo, es catalogado como el país del mundo en donde se produjo el mayor número de asesinatos de periodistas y de líderes sindicales.

2.2. Disposición arraigada a la violencia

Un segundo indicador estructural básico sobre la cultura de violencia híbrida en Colombia es la disposición, muy profundamente arraigada de manera sociocultural en todas las capas sociales, en las cuales existe una cantidad de distintos actores violentos tanto individuales como colectivos, que proceden de manera rutinaria en sus actos de coerción, habida cuenta que estos actos violentos fueron aprendidos por mera imitación o por enseñanzas adquiridas por grupos o personas a lo largo de este prolongado camino.

En Colombia llama la atención que existe toda una serie de organizaciones y asociaciones que persiguen sus fines con coerción y violencia fuera de la legalidad. Generalmente, proceden a sangre fría y de manera profesional. Esta profesionalidad se debe en parte a procesos de imitación recíproca y aprendizaje [...] sea por experiencia propia o adoptando la de otros, el desarrollo de un amplio espectro de técnicas violentas requiere de un ambiente sociocultural que no estigmatice el uso arbitrario de la violencia, sino que lo acepte como una vía entre varias para obtener éxito y prestigio (*Institute for Economics and Peace*, 2012: 301).

Colombia no sólo es el país menos pacífico de América Latina, ni el de mayor incremento en el número de homicidios (cuatro veces superior a la tasa mundial) sino que es, también, generador de un número considerable y permanente de masacres. La investigadora y profesora María Victoria Uribe ha dedicado un gran esfuerzo al estudio de las masacres en Colombia y muestra como ellas se producen en los distintos momentos o etapas del discurrir violento del país:

En un primer momento, analicé *doscientas cincuenta masacres* que fueron ejecutadas en primera instancia, por guerrilleros y matones privados y estatales y, unos años más tarde, por bandoleros Liberales y Conservadores, durante la década de 1950 y la primera mitad de 1960 [...] Unos años más tarde, retomé el tema a raíz del aumento de esa modalidad delictiva hacia finales de la década de 1980. En esta ocasión estudié detalladamente, junto con otros colegas, *mil doscientas treinta masacres*, ejecutadas entre 1980 y 1992. Los autores se habían diversificado respecto a La Violencia pues incluían a narcotraficantes, guerrillas, paramilitares, matones a sueldo, agentes estatales y delincuentes comunes (Cursivas fuera de texto) (Uribe y Vázquez, 1995).

Estos datos confirman, una vez más, el desprecio por la vida que impudicamente se da en la cultura colombiana fruto del permanente exceso de barbarie y de crueldad que nos azota; de una impunidad mítica, en donde la Justicia, como afirma el refrán popular «es para los de ruana», de la ausencia de Estado o en el peor de los casos, de la barbarie del Estado, de una aguda anomia social,... entre otros muchos aspectos que, nos agobian y acorralan, como poética y patéticamente fue descrito por Rafael Humberto Moreno Durán:

Sin la muerte nuestro país no daría señales de vida. Y no es una paradoja. Hay incluso un marcado impudor que nos incita a hacer de la muerte una consigna patria. Lo confirman las instancias más fúnebres de este inmenso mausoleo que llamamos historia pero también las horas más graves de la imaginación y el arte. De la poesía. Entre nosotros la muerte es un huésped incómodo aunque esperado, hoy como ayer, día tras día en cada una de las habitaciones de la casa. De esa casa grande donde caben por igual la afrenta pública y la rencilla privada, el rencor y el odio y ese cinismo meticulosamente cultivado que los notarios de la ignominia llaman Violencia. Por ello no debe sorprendernos el estigma que como un heraldo nos preside en todos los caminos del mundo. Y no es para menos, pues incluso nos las hemos ingeniado para desmentir el aserto de quienes ingenuamente creían que la muerte es un acto de un solo personaje. La verdad es que nos hemos esforzado al máximo en demostrar que la muerte es una orgía colectiva, una coral de frenesí democrático, sin exclusiones ni egoísmos. Sí es cierto que la poesía -debe ser hecha por todos, no por uno- nuestro sentido de la camaradería nos ha convertido en poetas de la muerte. Por eso entre nosotros el fratricidio es el único contrato social que hemos firmado y ratificado una y otra vez. Es un destino trágico que como un inquietante espectro se graba por igual en los ojos de un niño y en el vientre sin expectativas de una mujer grávida. Siempre ha sido así. Bastan dos evocaciones para confirmar como la dialéctica del odio y la muerte por encima de todos los expedientes y prontuarios de la impunidad, es el principio móvil de nuestra vida civil, además entre esas dos evocaciones median exactamente cuatrocientos años, es decir, la triste cronología que como un sudario se extiende desde los primeros crímenes que conmovieron a nuestro país hasta los que a diario nos ponen de manifiesto que el huevo de la serpiente durante tanto tiempo incubado acaba de quebrarse. Una cronología que es de una lenta y minuciosa e incontenible masacre que nos agobia desde las páginas poco compadecidas de El Carnero, hasta la conjunción fúnebre de matices negros y grises de La Violencia, ese cuadro en cuyo horizonte una mujer mutilada yace agobiada por el silencio de la muerte (Moreno, 2002: 24-31).

Estas expresiones nos llevarían a concluir que no es una conducta individual sino un comportamiento generalizado donde la muerte se desprecia. Una de las cosas que nos han llamado la atención en nuestros viajes por Colombia es lo descuidado y abandonado que están los cementerios, de hecho, hemos llegado a pensar que no es el respeto a la vida lo que vive en Colombia, sino el desprecio a la muerte lo que constituye un ejercicio de violencia cultural que la legitima.

2.3. Uso desproporcionado de la violencia

Un tercer indicador de la violencia híbrida de la sociedad colombiana es la utilización fácil y espontánea con que se pasa a excesos violentos, en donde se ven todos los ámbitos sociales y, además, con inusitada frecuencia. Llama la atención, por ejemplo, la barbarie que se emplea para obtener fines modestos.

Las torturas, la mutilación de los muertos y cosas similares no son de ningún modo excepciones en este país sino que se producen corrientemente. Tales excesos, que en casos aislados pueden escalar hasta orgías violentas, son solo posibles con el trasfondo de una sociedad en la cual el límite de los tabúes no solo se encuentra agujereado, sino que, en ciertos grupos sociales ha sido eliminado y remplazado por el culto a la destrucción de los enemigos (Moreno, 2002: 302).

Un aterrador, por decir lo menos, del injustificado y cruel uso de excesos es el que presentó la Fiscal 22 de Justicia y Paz ante el Tribunal Superior de Bogotá, que relató cómo el extraditado jefe paramilitar Miguel Ángel Mejía Múnera, alias 'El Mellizo', ordenó torturar y asesinar a un campesino en el sector del Catatumbo (Norte de Santander) al que acusó de ser colaborador del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Según la Fiscalía, a mediados de 2004, el excomandante paramilitar del Bloque Vencedores de Arauca les ordenó a algunos de sus hombres sacar de su vivienda y atar de pies y manos a Miguel Modesto Jiménez. En el relato la fiscal señaló que, alias 'el eléctrico' sacó dos serpientes de cascabel que tenía dentro de una pecera y se las echó a su víctima a la que ya habían propinado una fuerte golpiza los paramilitares, principalmente en sus genitales.

[...] después de más de media hora de golpes y ultrajes, uno de los paramilitares le disparó en dos oportunidades en su pierna, acto seguido *le llevaron un perro de raza bóxer para que lo mordiera*, sin embargo, el perro hizo caso omiso a las órdenes que le emitían los jefes, pese al deseo de hacerle daño y aumentar su dolor al campesino.

Ya en ese momento, moribundo y lleno de sangre en todo su cuerpo, *el jefe paramilitar ordenó a sus hombres que le quitaran la ropa*, quienes de inmediato procedieron a dejarlo en calzoncillos y una franela. Acto seguido, y acatando las nuevas órdenes que daba el comandante a voz en cuello y fuera de sí, alias 'el eléctrico' no tenía el menor inconveniente en sacar del improvisado serpentario a una de sus culebras, *para hacer que mordiera a la cada vez más aterrada víctima de la infame acción en una de sus tetillas en dos oportunidades*. El dolor llegó a su máxima expresión, mientras sus gritos pedían piedad, pero sus verdugos omitieron estos sollozos y *le rociaron gasolina por todo el cuerpo para prenderle fuego sin que de nada valieran las reiteradas suplicas y ruegos de un hombre que estaba absolutamente postrado y sin la más mínima posibilidad de defenderse*. Pese a todo este sufrimiento, Jiménez sacó fuerzas y logró deshacerse de las ataduras que todavía tenía en sus brazos, *ante esto alias 'Martín' no tuvo mayor inconveniente en cegar su vida con dos tiros de gracia en la cabeza»* (Cursivas fuera de texto) (El Espectador, 2011).

Este atroz crimen fue aceptado por los ocho paramilitares ante una magistrada del Tribunal Superior de Bogotá, reconociendo su participación en el delito de homicidio a persona protegida. Por si todo fuera poco, durante la diligencia judicial, alias 'El Mellizo' y ocho de sus hombres, aceptaron además haber esclavizado y prostituido a menores de edad durante su militancia en las autodefensas.

[...] de acuerdo con la Fiscalía las víctimas de este grave episodio de prostitución y otros delitos sexuales fueron nueve mujeres, en su mayoría menores de edad.

Según los reportes de los investigadores, a alias 'El Mellizo' también se le atribuyen *más de 2.500 víctimas, por hechos criminales, cometidos entre el 2001 y 2005* (Cursivas fuera de texto) (El Espectador, 2011).

Otro indicador horrible de violencia era la forma en la que la Escuela de Adiestramiento para los Paramilitares en Colombia, conocida como Número 35, enseñaban a descuartizar a seres vivos e inocentes; dicho entrenamiento macabro era conocido en el argot paramilitar como *Pruebas de coraje*. Así llamaban los paramilitares a dichos entrenamientos que impartían a sus reclutas con el fin de que aprendieran a descuartizar personas vivas.

Inicialmente, como reseña *poesiasalvaje.org* (2007), las autoridades habían antes desestimado las denuncias de campesinos sobre esta práctica salvaje. Sin embargo, cuando en las versiones libres de los paramilitares éstos empezaron a declarar sobre los hechos acontecidos en el entrenamiento ante la Fiscalía, se comprobó que aquellos tenían razón y que, ésta era otra forma en que los paramilitares cometían crímenes de *lesa humanidad*.

El ex-paramilitar Francisco Enrique Villalba Hernández (alias 'Cristian Barreto'), uno de los autores de la masacre de El Aro (Ituango, Antioquia), recibió este tipo de entrenamiento en la escuela Número 35; en la cual, también se enseñaba a manejar armas y a fabricar bombas caseras. El ex-paramilitar se encuentra actualmente preso en la cárcel La Picota (Bogotá), donde cumple la pena alternativa prevista en la Ley de Justicia y Paz. En su declaración al respecto afirmó:

A mediados de 1994 me mandaron a un curso en la finca La 35, en El Tomate, Antioquia, donde quedaba el campo de entrenamiento. Allí, su jornada empezaba a las 5 de la mañana y las instrucciones las recibía directamente de altos mandos, como 'Doble cero' (*poesiasalvaje.org*, 2007).

Francisco Enrique Villalba asegura que para el aprendizaje de descuartizamiento usaban campesinos que reunían durante las tomas de pueblos vecinos:

Eran personas de edad que las llevaban en camiones, vivas, amarradas [...] Las víctimas llegaban a la finca en camiones cargados. Las bajaban del vehículo con las manos amarradas y las llevaban a un cuarto. Allí permanecían encerradas varios días, a la espera de que empezara el entrenamiento (*poesiasalvaje.org*, 2007; *verdadabierta.com*, 2007; *El Tiempo*, 2007).

Luego venía «la instrucción de coraje»: repartían a la gente en cuatro o cinco grupos y el instructor daba la orden para empezar la descuartización:

El instructor le decía a uno: Usted se para acá y fulano allá y le da seguridad al que está descuartizando. Siempre que se toma un pueblo y se va a descuartizar a alguien, hay que brindarles seguridad a los que están haciendo ese trabajo. De los cuartos donde estaban encerrados, las mujeres y los hombres eran sacados en ropa interior. Aún con las manos atadas, los llevaban al sitio donde el instructor esperaba para iniciar las primeras recomendaciones: Las instrucciones eran quitarles el brazo, la cabeza, descuartizarlos vivos. Ellos salían llorando y le pedían a uno que no le fuera a hacer nada, que tenían familia [...] A las personas se les abría desde el pecho hasta la barriga para sacar lo que es tripa, el despojo. Se les quitaban piernas, brazos y cabeza. Se hacía con machete o con cuchillo. El resto, el despojo, con la mano. Nosotros, que estábamos en instrucción, sacábamos los intestinos (*verdadabierta.com*, 2007).

El entrenamiento lo exigían, según él, *para probar el coraje y aprender cómo desaparecer a la persona*. Durante el mes y medio que Francisco Enrique Villalba dice que permaneció en el curso, vio tres veces las instrucciones de descuartizamiento.

Ellos escogían a los alumnos para que participaran. Una vez, uno de los alumnos se negó. Se paró 'Doble cero' y le dijo: 'Venga, que yo sí soy capaz'. Luego lo mandó descuartizar a él. A mí me hicieron quitarle el brazo a una muchacha. Ya le habían quitado la cabeza y una pierna. Ella pedía que no lo hicieran, que tenía dos hijos (verdadabierta.com, 2007).

Al final de su declaración ante la Fiscalía, el ex-paramilitar Villalba informó que los cuerpos eran llevados a las fosas, ahí mismo, en La 35; donde calculan que enterraron a más de 400 personas.

Los ex-paramilitares Ricardo Dagua Guetia, alias 'El Indio'; Jimmy Alberto Jurado Jurado Silva, alias 'El Gringo'; John Faver Marín Dávila, alias 'Junior'; Diego Alberto Pérez López, alias 'Aladino'; y Luis Fernando Martínez Ramos, alias 'Enano'; relataron durante dos días a la Fiscalía de Justicia y Paz, los crímenes que cometieron en los límites que hay entre los departamentos de Valle del Cauca y Quindío. Durante la versión, los ex-paramilitares reconocieron ante la Fiscalía múltiples asesinatos a personas, tanto en los cascos urbanos como en las veredas, cuyo único delito era la sospecha de haber colaborado con la guerrilla, información que recibían de personas de la región y, la mayoría de las veces, sin sustento.

Alias 'El Gringo' dijo que en noviembre de 2000, él y otro paramilitar descuartizaron vivos a dos menores que fueron señalados por algunos pobladores como ladrones.

Los llevamos a un cafetal, alias '01' le dispara en la cara al mayor y lo descuartiza vivo, señaló el ex-paramilitar, quien agregó que esa fue la primera vez que descuartizó a alguien e indicó que las víctimas fueron desmembradas con un cuchillo (verdadabierta.com, 2011).

En la versión, también los desmovilizados, contaron el asesinato de dos supuestos milicianos de las FARC que fueron «asesinados y picados» en la vereda Bosque Bajo por orden de alias 'Chiquito Malo'. Los ex-paramilitares dijeron que la práctica de desmembrar los cuerpos de las víctimas:

[...] era determinación de cada comandante, si lo ordenaba, se tenía que cumplir [...] se descuartizaban a las víctimas para hacer un roto (fosa) más pequeño y los cuerpos no fueran encontrados (verdadabierta.com, 2011).

Algunas víctimas que fueron retenidas por este grupo de paramilitares fueron sometidas a torturas. Así lo demuestra el caso de un informante del Ejército, quien fue torturado durante toda una noche y una madrugada antes de ser asesinado. 'El Gringo' dijo que un militar conocido con el alias de 'Fercho' les entregó a un hombre que estaba alertando al Ejército sobre la ubicación de los paramilitares. A raíz de sus denuncias, los paramilitares tuvieron que cambiar de ubicación en varias ocasiones. Por esa razón, según contó alias 'Aladino', el jefe paramilitar alias 'Sisas' ordenó «*terapiarlo*», así como él nos *terapió a nosotros* (verdadabierta.com, 2011).

La 'terapia' consistió en amarrarlo desnudo a un palo y no dejarlo dormir [...] golpearlo, arrojarse agua e insultarlo durante los turnos de guardia (verdadabierta.com, 2011).

Alias 'El Indio' y alias 'Junior', en su versión ante la Fiscalía, contaron que a la mañana siguiente llevaron a la víctima a una pinera, en donde fue asesinada a garrote.

En noviembre del año 2000, los paramilitares también torturaron y asesinaron a una persona que fue señalada por algunos habitantes de la vereda San Gerardo como ladrón y

asesino. Esa víctima fue colgada en un árbol de una finca y le obligaron a pasar la noche en vela para que se ahorcara cuando se durmiera.

Pero los paramilitares no sólo mataron a supuestos auxiliares o miembros de la guerrilla en Caicedonia. Los postulados también contaron que las AUC se encargaron de hacer *limpieza social* y *purgas internas*. En los primeros casos, los paramilitares asesinaron a drogadictos y a presuntos delincuentes durante sus «jornadas de vigilancia». Mientras que en los segundos, contaron que algunos miembros de las AUC fueron asesinados porque delinquirían por su cuenta o desertaban del grupo para delatarlos ante las autoridades (verdadabierta.com, 2011).

Sin explicación racional posible, a partir especialmente de 1986 y 1987, en algunas ciudades del país se empieza una modalidad de violencia que ha perdurado desde entonces y es la llamada *limpieza social*, dirigida contra víctimas inocentes, pero, clasificadas como indeseables por las llamadas así mismas, *gentes de bien*; y, que incluía a prostitutas, homosexuales, mendigos, travestis, retrasados mentales carentes de albergue que vagan por los cascos urbanos... En definitiva, grupos estigmatizados y que constituyen las distintas marginalidades sociales que produce la misma sociedad.

Este tipo de violencia empieza en Pereira, de allí pasa a Bogotá, Cali y Medellín; y, a partir de esos centros, su ejemplo será imitado por otras ciudades por lo que se expande por la geografía urbana del país, hasta un punto tal que se produce inclusive en pequeñas ciudades (Rojas, 1996: 12-25; Jiménez, 2012b). Es de anotar que, este tipo de violencia, se produce mediante el contubernio de la fuerza pública y miembros de la sociedad civil. Como lo expresa Alberto Valencia: las «*gentes de bien*» asumen así, directamente, la defensa del «orden social» (Valencia, 1998: 50).

Otro espeluznante ejemplo del uso desproporcionado de la violencia en Colombia lo encontramos en las declaraciones dadas el 6 de mayo de 2009 por el paramilitar desmovilizado, Luis Adrián Palacio, alias «Diomedes» que consideramos espeluznantes, al Diario *El Espectador* (2009), una parte de la cuales transcribimos:

¿Cuántas personas pudo haber asesinado usted?

Unas ciento cincuenta. Con Raúl, que era comandante del bloque Metro en Chocó, salíamos en la noche a hacer limpieza. También lo hice en Medellín.

¿Mató inocentes?

Sí, conocidos míos, del campo, y me daban la orden: Hay que hacerle *la vuelta* y me tocaba quedarme callado. Me tocó asesinar a dos primos míos por orden del comandante Alacrán del bloque Metro. Uno no tenía derecho de preguntar. Si no se cumplía la orden, lo echaban a uno a los pescados en el pozo.

¿De qué más se arrepiente?

Me tocó asesinar a un tío a finales de 1998. De ahí para allá era como si nada. *Es más, si pasaban varios días sin asesinar, a uno le hacía como falta*. Nosotros fuimos unos verdugos de la sociedad (Cursivas fuera de texto).¹

1. La violencia se convierte en una adicción. Recuerdo a un compañero de estudios que hoy trabaja en un Centro Penitenciario, hace unos años se acercó a mí para decirme, avergonzado, que hace unos días comenzó a golpear a un preso, y notó que le gustó. *La violencia quien la práctica termina gustándole, disfruta con ella*. Para entender todo este mundo, recomiendo dos películas: *La Virgen de los Sicarios*, basada en la novela de Fernando Vallejo y *Perro como perro*, con esas dos películas podrá entender mejor la violencia de Colombia.

¿Se acuerda de falsos positivos?

Recuerdo unos que hicimos en la vía Medellín-Quibdó. Ese día matamos ocho personas en un sitio llamado El 20. Eran campesinos e indios. Los uniformaron les pusieron armas (Palacio, *El Espectador*, 2009).

A propósito de los llamados «*falsos positivos*», la *Revista Semana* en enero de 2009 publicó un reportaje sobre las informaciones que al respecto contenían documentos desclasificados de Estados Unidos. Dichos documentos muestran cómo ha prevalecido en el Ejército colombiano la mentalidad de que ganar la guerra es causarle más bajas a la guerrilla y, esto, ha conducido a que se infle el «*conteo de cuerpos*» matando civiles.

Al cierre de 2008, Colombia y los medios estadounidenses estaban obsesionados con el escándalo de los «*falsos positivos*» – la muerte ilegal de civiles por el Ejército colombiano que luego fueron presentados como muertos en combate de la guerrilla para inflar los números de bajas causadas al enemigo (*body count*). Un informe militar sobre el asunto, que aún no ha sido conocido en su totalidad, llevó a la salida de 30 oficiales del Ejército y la renuncia del general Mario Montoya, el comandante en jefe del Ejército, quien durante muchos años había promovido la idea de usar el *body count* para medir el progreso en la lucha contra las guerrillas.

Como tales, los documentos despiertan algunas preguntas importantes sobre las responsabilidades legales e históricas que el Ejército debería asumir abiertamente frente a lo que parece ser un incentivo institucional de largo tiempo para cometer asesinato. El registro más antiguo sobre este fenómeno específico que aparece en la colección de los Archives es de 1990. Ese documento, un cable aprobado por el embajador de Estados Unidos Thomas McNamara, reportó un preocupante aumento de violaciones atribuidas al Ejército de Colombia. En un caso, McNamara cuestiona la versión de los militares de que habían matado a nueve guerrilleros en El Ramal, Santander, el 7 de junio de ese año.

La investigación de Instrucción Criminal y la Procuraduría sugieren con fuerza [...] que los nueve fueron ejecutados por el Ejército y después vestidos en traje de fatiga. Un juez militar que llegó a la escena aparentemente se dio cuenta de que no había agujeros de bala en los uniformes que coincidieran con las heridas en los cuerpos de las víctimas [...] (Semana, 2009).

Cuatro años después, el embajador Myles Frechette subrayaba la misma tendencia. Encontró que la mentalidad del *body count*, o conteo de bajas del enemigo. Persistía entre los oficiales del Ejército colombiano que buscaban ascender.

[...] oficiales de campo que no pueden demostrar una trayectoria de agresiva actividad anti-guerrillera (que es cuando ocurren la mayoría de las violaciones a los derechos humanos por parte de los militares) quedan en desventaja a la hora de los ascensos (Semana, 2009).

Según la *Revista Semana*, un reporte de inteligencia de la CIA, también de 1994, fue más allá. Encontró que las fuerzas de seguridad colombianas continuaban «*empleando tácticas de escuadrones de la muerte en su campaña contrainsurgente*». El documento, una revisión de la política de César Gaviria contra la guerrilla, destacó que los militares colombianos tenían una

[...] historia de asesinar a civiles de izquierda en áreas de presencia guerrillera, cooperando con grupos paramilitares asociados al narcotráfico en ataques contra sospechosos de ser simpatizantes de la guerrilla y matando combatientes capturados (Semana, 2009).

Hace apenas unos diez años, otro informe de inteligencia, ya publicado por el *National Security Archive*, y basado en una conversación con un coronel del ejército colombiano, sugirió que el rápido crecimiento del paramilitarismo durante esa era, estaba relacionado al «síndrome del conteo de bajas» en el ejército colombiano.

Esta mentalidad tiende a incentivar las violaciones a los derechos humanos por soldados bien intencionados que tratan de cumplir su cuota para impresionar a sus superiores. También podría conducir a que los militares, pasivamente, permitan que los paramilitares sirvan de asistentes del Ejército colombiano y así le ayuden a subir su cuota de bajas de la guerrilla (Semana, 2009).

Patética es nuestra apatía ante hechos como este, como lo señala Zorro, aunque en ocasiones pretendemos recuperar nuestra capacidad de reacción y simulamos, con gran despliegue, indignarnos por los asesinatos múltiples en los Estados Unidos o en Alemania, mientras ignoramos o, si la audacia nos invade, susurramos de paso y como una entre tantas otras, la noticia de la masacre de la semana en alguna apartada región de la geografía colombiana, como si las matanzas en otras latitudes fueran excusa para las que toleramos en la nuestra.

-¡Qué horror! Diez y siete personas asesinadas cerca al puerto y la semana pasada habían sido otras doce.

- Sí, lo vi en la prensa; menos mal que estamos lejos. Pero en todas partes se cuecen habas ¿leíste lo de la masacre en Alemania? Aunque, de paso, aquí deberían callar esa prensa amarillista que azuza la violencia. Bueno, pero afortunadamente no todo es malo: ¿viste que nos van a dar la sede del mundial sub-20 en 2011?

- Claro y también que la Bolsa de Bogotá subió tres puntos y que ayer el ejército mató a cuatro guerrilleros.

- Sí, fíjate que a pesar de todo vamos bien. Pero hay gente demasiado negativa,... (Zorro, 2009).

En cuanto hace relación a los esquemas mentales, que indican arraigados indicadores de pensamiento y permanencia de conceptos estimulantes que propician la violencia en el imaginario colectivo colombiano, hay que destacar el ansia de destrucción del enemigo, la tendencia a la intolerancia y al maniqueísmo, así como el culto al hombre fuerte.

2.4. Ansia de destrucción del enemigo

Destrucción del enemigo es la consigna y expresión clave para desentrañar la violencia pues, tal expresión, tiene relación directa con los sistemas de pensamiento y conceptos arraigados que favorecen la existencia y permanencia de la violencia en las mentalidades colectivas. Este es un esquema que tiene especial relevancia: la dicotomía amigo-enemigo de gran calado en el mundo de las ideas en Colombia y en todos sus ámbitos sociales:

Ligada originalmente con la rivalidad de los dos partidos colombianos, el conservador y el liberal, la manera de pensar en categoría de amigo-enemigo se ha independizado mientras tanto y penetra el discurso social en todos los niveles sociales, desde el micro hasta el macro nivel. No hay ciudad, región ni pueblo en el cual no exista una íntima enemistad entre dos o tres actores principales, sean individuos, clanes familiares o asociaciones organizadas, que

determinan la vida social y obligan a los demás actores a tomar posición y a enfilarse (Uribe, 2004: 10).

Desde el siglo XIX, los partidos Liberal y Conservador, como lo anota Daniel Pécaut, dieron nacimiento a auténticas sub-culturas implantadas en todo el territorio nacional y, con ellas, a un tipo de representación política que se sustentaba sobre la división «amigo-enemigo», utilizada en muchas ocasiones por la Iglesia Católica, de gran influencia en la vida colombiana, y soporte indiscutible del partido Conservador. Todo ello, daba una connotación en esa contienda violenta que llega hasta mediados del siglo XX, que lo que estaba en juego eran los valores fundamentales; esto, necesariamente fue elemento de manipulación y agitación sobre un campesinado creyente e ignorante en el que se reproducía ese odio heredado hacia los seguidores del otro partido, es decir, del enemigo a quien había que destruir (Jiménez y González, 2013).

Esta influencia poderosa, esa manipulación de las conciencias y esa permanente participación en política como aliada y soporte del partido Conservador, por parte de la Iglesia Católica, a la postre generará un sistema dogmático en el cual quien no comulgaba con las ideas y propósitos de la Iglesia o del Partido era un enemigo de la religión.

Esta sociología de la religión podría esclarecer, como sociología de la institución eclesiástica, la degradación de la religión como medio del poder y socavamiento de los valores y virtudes morales que ella predica. Pero mientras se satisfaga este desiderátum cabe plantear la hipótesis de que el poder de la Iglesia impuso frenos al pensamiento y a la conducta que en la Constitución de 1886 fue cimentado con carácter sutilmente inquisitorial: [...] el gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, de todos los ramos de la instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la Iglesia. Convertida en monasterio que declara tácitamente enemigo al que piensa libremente, Colombia extendió este dogmatismo de «amigo-enemigo» a la política, es decir, lo ancló en la conciencia colectiva y favoreció la reinstauración de la sociedad colonial, revestida con los hábitos y resabios de la simulada aristocracia (Gutiérrez, 2000).

Fruto de ese carácter sutilmente inquisitorial, como lo denomina Rafael Gutiérrez, se da en el país una educación para semi-analfabetizar, una estratificación social degradante para la mayoría de los colombianos, una cultura tímida y producida en la oscuridad de los dogmas reinantes, que en síntesis es:

[...] un simulacro de realidad que desconoce la realidad inmediata de la población engañada y paciente, en el doble sentido de la palabra, se mueve en un terreno movedizo y frágil que la sociología conoce como «anomia», esto es, «el rápido derrumbamiento de un sistema de normas y valores sociales y el estado de desorientación que grupos singulares experimentan o perciben en una situación tal y que los impulsa a acciones incalculables (Gutiérrez, 2000).

Se cumple la afirmación de Fernand Braudel sobre la repetición histórica, como en el caso de esta dicotomía amigo-enemigo en la historia colombiana: « [...] viejos hábitos de pensar y de actuar, de cuadros resistentes, duros de morir, a veces contra toda lógica» (Braudel, 1991: 196).

La metáfora que plantea Marcus sobre «ciborg» (mitad humana y mitad máquina) es usada para escapar de la dicotomía de los dualismos alma/cuerpo, naturaleza/cultura, hombre/mujer..., produciendo una hibridación de los términos opuestos lo que terminaría con el debate dicotómico de las Ciencias Sociales.

El fenómeno es tan recurrente que aun en lugares alejados de las zonas típicas de violencia, fundados en la mayoría de los casos por desplazados de la violencia misma, se reproduce con gran facilidad el tipo amigo-enemigo que actuará a partir del surgimiento de discrepancias o confrontaciones. Para María Victoria Uribe, por ejemplo, dentro del estudio de la época de La Violencia lo que se aprecia es que existe:

[...] una traumática imposibilidad, una persistente fisura que no puede ser simbolizada y que atraviesa el campo de lo social y lo simbólico. Como si la relación antagónica entre Liberales y Conservadores durante La Violencia, y la de paramilitares y guerrilleros hoy en día, fuera una relación imposible entre dos términos, cada uno de ellos impidiéndole al otro lograr su identidad consigo mismo (Uribe, 2004: 10).

La violencia política, 1946-1965, conocida como La Violencia, es el enfrentamiento entre el populismo Liberal y el fundamentalismo Conservador, encabezado el primero por Jorge Eliécer Gaitán y el segundo por Laureano Gómez, ambas posiciones se tornaron irreconciliables; así, unos y otros se apropiaron de la dicotomía amigo-enemigo en términos exacerbados

Ambos líderes aludían a la presencia subrepticia de un antagonismo social radical y ambos se referían al enfrentamiento entre los dos partidos como algo natural a la sociedad, como la oposición amigo-enemigo (Uribe, 2004: 15).

Como lo señala María Victoria Uribe, en el periódico *El Siglo*, Edición del 27 de junio de 1949, Laureano Gómez se expresa así:

En la contemplación del panorama político se encuentra el país dividido en dos bloques. De un lado se halla el Partido Conservador que se singulariza en el continente entre todos los partidos porque ha logrado la obra insigne de eliminar de sus estímulos el caudillismo y el personalismo. El partido Conservador colombiano tiene un programa y una doctrina, defiende unos principios. Bajo la doctrina conservadora, de una frontera hasta otra, todo colombiano sabe por qué es colombiano, profesa idénticas ideas, sirve los mismos principios (Uribe, 2004: 16).

Frente al Partido Conservador está el partido Liberal, que es un basilisco, camina con pies de confusión y de inseguridad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista pero que es cabeza (El Siglo, 1949: 16-17; cfr.: Waldmann, 2007: 304).

Este enfrentamiento entre los partidos, como lo señala Carlos Mario Perea, se sustenta sobre la pertenencia primordial que sirvió para inscribir a cada colombiano en las filas de uno u otro partido; y tal inscripción, lleva aparejada que el otro es distinto, encarna lo extraño y la destrucción, es por ende el enemigo, lo que conllevó a excesos tales como la prohibición de casarse con miembros del partido contrario. Esa concepción del otro como enemigo nada tenía que ver con diferencias raciales, lingüísticas o regionales. «[...] sin embargo, pese a que ninguno de esos factores históricos estaba presente, la Violencia cumplió su tarea de muerte a lo largo de dos décadas» (Perea, 2009: 20).

Como lo reseña Rafael Gutiérrez (2000), el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán provocó una reacción de apariencia primordialmente política. No fueron políticas, empero, las manifestaciones concretas de esa reacción: el saqueo de los almacenes lujosos de Bogotá, (especialmente, en la Carrera 7a entre calles 12 y 22) en la región en que se concentraban

y exhibían eran del poder de las clases altas. Tras la reacción política, se ocultó la reacción de un largo resentimiento social. La diferencia entre la violencia de las guerras civiles del siglo XIX y la del 9 de abril del 48 sólo corrobora la violencia latente en un país de creciente «anomia», dirigida y fomentada por la prensa política (*El Tiempo* y *El Siglo*) y el dogma eclesiástico en beneficio de sus propios intereses.

Esta violencia de mediados del siglo XX se repite a fines del siglo y, a principios, del siglo XXI. Por ejemplo, el ex jefe paramilitar del Bloque Central Bolívar de las AUC, a quien se le imputan una serie incontable de asesinatos y masacres, (de estas últimas reconoció que sólo en el departamento de Santander cometió 20 masacres; en declaraciones a *verdadabierta.com* 2009, 2 de mayo) admitió que las AUC se convirtieron en una máquina de matar:

Todo ejército, como el nuestro, como el de la guerrilla tiende a degradarse; ese fue uno de los motivos por el cual dije hay que parar esto, nos convertimos en una máquina de matar, en una maquina generadora de empleo que entregaba licencias para matar.

- VA: *¿Se arrepiente de algo?*

- JB: No me arrepiento de haber entrado a las autodefensas, me arrepiento de no haber regulado muchas acciones y de haber dejado que esa organización actuara sin límites; es que lo que me llevó a las autodefensas fue bueno y justo, pero me dejé llevar por esa espiral de violencia, tanto que perdí el control.

- VA: *¿Se sorprende del tamaño que adquirió esa espiral de violencia y era consciente de su magnitud en esa época?*

- JB: Se involucró a mucha gente que no tenía mucho conocimiento y nada tenía que ver con la guerra; se cometieron muchas injusticias y eso es muy doloroso. Murió mucha gente por cosas que no habíamos visto, es muy distinto que se muera el enemigo a que se muera un inocente (*verdadabierta.com*, 26 de octubre).

Otro síntoma del deseo de destrucción del enemigo es la cruel utilización de las minas personales por parte de la guerrilla. Como lo indica Carsten Wieland (2008) Colombia es el cuarto país más minado del mundo, después de Camboya, Afganistán y Angola; y el único país de América Latina donde los actores armados ilegales continúan sembrando este tipo de artefactos. Según datos de la Fundación Seguridad y Democracia, en los últimos diez años se registraron 2.185 accidentes, los cuales dejaron como consecuencia 4.051 víctimas. De éstas, 1.549 fueron civiles, es decir el 38%, y 2.505 militares, el 62%. En más de la mitad de los 1.100 municipios, en 30 de los 32 departamentos, se sospecha o se ha confirmado la presencia de campos minados, según el Observatorio de Minas Antipersonales.

Hay que recurrir, para dimensionar la barbarie a Alfredo Molano que en una de sus *Crónicas del Desarraigo* narra las experiencias de un niño, quien después de una masacre perpetrada por los paramilitares, espera junto a otros parientes que las víctimas aparezcan en las aguas del río:

En la madrugada comenzó la cosecha. Llegaba uno tras otro. Tantos, que los huecos que se habían abierto no alcanzaron. Sólo se oían los *ese es mío, ese es mío*. Hacía frío ver tanto muerto. Aunque mi gente, la que yo esperaba, no llegó. Cada muerto era la ilusión de que fuera mi papá, mi mamá, mis hermanos. Pero no, ninguno [...] por más que mirara y mirara y tratara de que alguno fuera el que esperaba. Uno necesita el cuerpecito del muerto para poder

llorarlo, y para que descanse ese arrebató que le deja a uno el finado por dentro. Sin muerto, el muerto sigue vivo [...] Esa tarde llegaron los diablos y dijeron que estaba prohibido pescar los muertos, que había que dejarlos seguir río abajo y que si alguien desobedecía la orden lo echaban a hacerle compañía al difunto que lo sacaba (Molano, 2005: 82-83).

Esta horrenda práctica de descuartizar las personas y arrojarlas al río, fue consignada por el Periódico *El Tiempo* en un artículo titulado *Por Siete Ríos corrió la sangre derramada* (2007, 23 de abril) en el que se plasma:

Si la justicia en Colombia pudiera llamar a declarar a los ríos Sinú, San Jorge, Cauca, Magdalena, Catatumbo, Atrato y San Juan serían cientos los crímenes de las autodefensas que se esclarecerían [...] Por años, estos grupos armados utilizaron sus aguas para desaparecer a sus víctimas. Era toda una estrategia militar. Ramón Isaza, el comandante del Magdalena Medio antioqueño, confesó a comienzos de año que todos sus muertos fueron a parar al Magdalena. Y el jefe paramilitar Salvatore Mancuso dijo que el cadáver del líder indígena Kimy Pernía, secuestrado en el 2001 en Tierralta (Córdoba), fue desenterrado de una fosa y arrojado al Sinú (*El Tiempo*, 23 de abril).

Esta práctica de lanzar los cuerpos a los ríos para evitar que se encontraran los cadáveres, como dice el columnista de *El Tiempo*, «no siempre funcionó». En un pequeño corregimiento de Risaralda, en Beltrán, el sepulturero Narcés Palacio cuenta que enterró unos 500 cuerpos en fosas comunes y que estos se encontraban varados entre troncos y basura en un recodo del río Cauca. Eran cuerpos de personas asesinadas al norte del departamento del Valle de Cauca. «Los cuerpos venían a veces por partes, llegaba una pierna y después una cabeza. Unos habían sido torturados» (*El Tiempo*, 23 de abril). Luego los muertos continuaron bajando, pero entonces los pescadores, por miedo a las amenazas ya no los rescataban. «Ahora uno les da una patada para que sigan» dijo uno de ellos (*El Tiempo*, 23 de abril).

En una entrevista realizada a varios ex-paramilitares por la periodista María Luz Sierra (del periódico *El Tiempo*) narra como un ex paramilitar, quien a los escasos 17 años ya era un veterano, contaba que a veces dejaban los muertos a los chulos y otros los picaban para echarlos a los ríos; además, explicaba que: «[...] tocaba chicotearlos y sacarles las tripas, porque si no, flotaban. Las tripas las pincha uno, les abre hueco para que se llenen de agua y al río las echa también» (Sierra, *El Tiempo*, 2007).

En las entrevistas de María Luz Sierra se nos narra que los entrenamientos eran verdaderos campos de exterminio y cómo los que se quedaban en ellos eran destrozados por sus propios compañeros. El método pedagógico era macabro. Se deshacían de los más débiles, de aquellos que no estaban convencidos de la causa paramilitar y, con estos crueles asesinatos, aprovechaban para darles a los demás lecciones de barbarie. «Una pelada se acostó con un hombre y quedó embarazada. La mataron y todos teníamos que pasar para partírla un pedazo y entregárselo al comandante. A uno le tocó el feto de un mes» (Sierra, *El Tiempo*, 2007).

A la pregunta de la periodista, sobre la veracidad del consumo de carne humana, a un paramilitar, este respondió:

Lo de la carne es curiosidad. En los cursos de 2002 o 2003 comía carne el que quisiera, en los de antes sí les tocaba obligados. En mi curso mataron a un ñero que con la droga tenía pasado el cerebro. Mataron al chino y un comandante dijo, traigan un pedazo de carne para que pruebe el que se le dé la gana o si no, todos jartan a las malas (Sierra, *El Tiempo*, 2007).

Tenemos, también, el reportaje de Germán Castro Caicedo (2001) sobre los hechos acaecidos entre el 15 al 18 de febrero del 2000 en el pueblo de El Salado; cuando el comandante de la Brigada de Infantería de Marina, General Rodrigo Quiñónez, en unión con los paramilitares, formó un anillo de protección por parte de los militares para impedir que los reporteros llegaran al pueblo en donde se estaba cometiendo todo tipo de atrocidades:

El Salado parece un pesebre de navidad, parece un nacimiento: frente a la Iglesia hay una explanada, pequeñas casas alrededor, un campo verde, árboles florecidos. Los paramilitares rodearon el lugar, a unos 30 pasos de ellos hicieron una línea de hombres y mujeres, los niños al lado de sus padres. El capitán Veneno hizo llevar mesas de los comedores de algunas casas y un conjunto con ropa de camuflaje empezó a tocar tambores y flautas: Unos colocaban a las gentes sobre las mesas y allí las desmembraban, y mientras las desmembraban otros cantaban y bailaban al ritmo de los tambores. Muchos huyeron y muchos cayeron. Los muertos fueron más de 100. Tres días de tambores y cuchillos. Los reporteros habían llegado a los alrededores el primer día de matanza y regresaron el segundo día porque no los dejaron cruzar (Castro, 2001: 247-248).

Sobre las atrocidades de El Salado, ocho años después, el jefe paramilitar Uber Enrique Bánquez confesó lo siguiente:

Lo que voy a decir es muy duro pero es bueno contarlo. A algunas de las víctimas de la masacre de El Salado las guindaron con cáñamos en los árboles, y las mataron con bayoneta. Fusiles que tenían bayoneta y eran degolladas. Una de estas fue una niña que dijeron era la novia de Martín Caballero. Eso fue delante de la gente, utilizaron también los instrumentos de una Iglesia o de un Colegio, no recuerdo bien, ubicado frente a la plaza donde se estaban ejecutando a las personas. Mientras mataban, los otros de puro ocio, tocaban gaitas, tambores y violines (El Tiempo, 2007 de 26 de noviembre; cfr.: Anrup, 2009: 35).

Narra Ronald Anrup (2009: 21-22) cuenta que después de la masacre en Bahía Portete, en abril de 2004, más de 300 aborígenes Wayúus tuvieron que huir a Venezuela caminando durante 24 horas, escapando de los paramilitares que con el apoyo de la tercera brigada del ejército realizaron la masacre. Según Amnistía Internacional (2004), los paramilitares llegaron al pueblo en interrogaron a varios niños sobre el paradero de sus padres; a algunos de ellos los mataron por creer que estaban mintiendo.

Uno de los sobrevivientes de la matanza de Bahía Portete, en entrevista concedida al Diario Venezolano *Ultimas Noticias*, cuenta lo siguiente:

Ay hermano, siento que el corazón se me sale por la boca. Usted no sabe lo que es tener que salir corriendo para que no le maten y, después escuchar los gritos de los peladitos, de mis dos hijitos a quienes me quemaron vivos sin que yo pudiera hacer nada. Los quemaron vivos dentro de mi camioncito. También le cortaron la cabeza a mi mamá y a mis sobrinas las picaron en pedacitos. No les dispararon, sino que las torturaron y con una motosierra las cortaron vivas hermano (Anrup, 2009: 21-22).

2.5. Tendencia a la intolerancia y al maniqueísmo

Un segundo indicador de los esquemas mentales e hijo de la dicotomía amigo-enemigo es la *intolerancia* y el *maniqueísmo*, que consiste en el pensamiento en categorías extremas (blanco o negro), «el que no está conmigo está contra mí». Algo que impele al desprecio

de posiciones no extremistas o intermedias, posiciones de los «aguas-tintas», de los «entreguistas», de los «cobardes», de los «sapos». Esta actitud conduce a querer solucionar los problemas en la confrontación directa con el enemigo; lo que conlleva, el rechazo de terceras instancias mediadoras. Por otro lado, hace aparecer a todos aquellos que no se deciden claramente por una posición o partido bajo la sombra de la duda. Como lo expresó, alguna vez, un bandido entrevistado por María Victoria Uribe:

Me gustaría poseer dos corazones, uno para la gente buena y otro para la gente mala, y ante la pregunta de cual es la mala: Son los que no atacan a sus enemigos, porque estos son peligrosos traidores (Uribe, 2004: 30).

Una demostración de la tendencia a la intolerancia fue el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948; acto que estimularía, como lo hemos señalado anteriormente, el proceso conocido como La Violencia. Esa intolerancia también se repite en años recientes con el exterminio del partido político Unión Patriótica (UP) cuyos integrantes fueron perseguidos, hostigados y asesinados en complicidad con miembros de las fuerzas armadas, ganaderos y empresarios, como lo reseña la Revista Cambio (2007, del 15 al 21 de noviembre):

La UP perdió cerca de 5.000 miembros, entre ellos los candidatos presidenciales Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo Ossa, también el senador Manuel Cepeda, quienes fueron asesinados por paramilitares. Como resultado de una decisión del gobierno de Uribe, en Mayo de 2004, la Unión Patriótica perdió la personería jurídica por falta de representantes en el Congreso. Sus representantes habían sido asesinados unos tras otros (Anrup, 2009: 29).

Esa tendencia a la intolerancia se reiteró en los asesinatos de otros dos candidatos a la Presidencia de la República, Luis Carlos Galán Sarmiento (18 de agosto de 1989) y Carlos Pizarro León-Gómez (26 de abril de 1990). En el curso de tan solo tres años, en Colombia se asesinaron cuatro candidatos presidenciales de tres partidos políticos diferentes, a los dos anteriores se agregan los asesinatos ya reseñados de Jaime Pardo Leal (11 de octubre de 1987) y de Bernardo Jaramillo Ossa (22 de marzo de 1990).

2.6. El culto al hombre fuerte

El culto al hombre fuerte, de señalada importancia en la historia de las guerras y de la violencia en Colombia, se expresa en el concepto del «caudillo». Culto que es, a su vez, herencia ibérica. Por ejemplo, a los conquistadores españoles se les llamaba caudillos y, desde entonces, ha predominado el caudillismo en las luchas por el poder.

La palabra caudillo viene del latín «capitulum» que significa cabecilla, a su vez, el diccionario de la lengua de la Real Academia Española define al caudillismo como un sistema de caudillaje o, como aquel gobierno de un caudillo que como cabeza-guía tiene potestad de mandar a la gente a la guerra.

Esta connotación de jefe militar del caudillo fue utilizada por los españoles durante las guerras de independencia para señalar a los jefes de las fuerzas revolucionarias hispanoamericanas que se sublevaron contra la corona española.

Las colonias españolas en América recibieron, al final del periodo colonial, una serie de reformas realizadas por los monarcas de la casa de Borbón entre los cuales se consagró la organización territorial en virreinos; que se tornaron a la postre en unidades locales sin ninguna dependencia con respecto a las otras establecidas en el amplio territorio americano. A raíz de las luchas independentistas y ante la ausencia de una autoridad central en

una geografía múltiple y sin medios de comunicación, empiezan a organizarse unidades económicas y sociales que giraban en torno a los caudillos; los más hábiles dentro de ellos, a raíz de la independencia, disputaron y asumieron el poder. De esta forma, se convirtieron en los directores de las posteriores colectividades políticas, como en nuestro caso colombiano.

El caudillo se convirtió para la imaginación popular en un mito. Se trataba de un conductor invencible en las confrontaciones, en un dispensador de protección para sus subalternos y, como lo diría Gabriel García Márquez en *El otoño del patriarca* (2006): «Estaban absolutamente seguros de que nunca moriría, debía ser eterno (y por supuesto inmortal) aquel hombre que había gobernado sin interrupción por incontables años».

El mito del caudillo, del hombre fuerte, que debe dominar a sus rivales o conseguir el poder por la vía de la violencia y de la astucia surge, una y otra vez, cuando hacen falta instituciones y sociedades sólidas. O, también, cuando surgen en el ambiente social sentimientos de inseguridad, de miedo o de temor que hacen que las poblaciones busquen y acaten los mandatos de caudillos fuertes en quienes ven los conductores que podrán superar dichos miedos y temores.

Esos miedos y temores, que a veces son latentes, pueden ser utilizados políticamente por el caudillo mediante campañas proselitistas que hacen que esos miedos afloren socialmente y se conviertan en un problema de importancia capital. Para dicho efecto, el caudillo puede utilizar los medios de comunicación a su favor. Ejemplo de lo anterior, es el caso de los últimos años en Colombia, fenómeno que Jairo Gallo denomina el caudillismo mediático y quien, al respecto, afirma:

[...] en los últimos años estamos vivenciando un fenómeno político que ha podido recoger los sentimientos de los colombianos, sentimientos que abarcan la inseguridad, miedo y temor frente a los siguientes actores armados [...] hay que decir que esos miedos existían en Colombia, sobre todo en las dos últimas décadas gracias a los ataques de los grupos ilegales armados [...] pero ese miedo fue recogido por una política que ha llevado la presidencia por dos periodos consecutivos al presidente, política que se ha dado a llamar seguridad democrática (Gallo, 2008: 27).

En Colombia, durante los últimos años, los grupos armados ilegales realizaron atentados de todo tipo. Éstos nunca fueron percibidos por la opinión pública como amenazas graves ya que siempre habían sido considerados como fruto de la cultura de la violencia, sobre todo, cuando se realizaban en las áreas rurales; hechos que eran, a la vez, comunes y aislados. Esta situación, cambió a raíz del 11 de septiembre de 2001 con los atentados terroristas en Nueva York, suceso utilizado por el Presidente Uribe para poder fortalecer su posición:

[...] situación que fue aprovechada por el discurso del gobierno [...] en los últimos años las políticas de estado comenzaron a usar la política del miedo como recurso de protección-dominación, de ahí podría partir cualquier análisis de la gran aceptación de una política que nos quiere proteger del peligro y la amenaza (Gallo, 2008: 34).

Esa utilización masiva de medios de comunicación a través del temor, que genera la inseguridad y el terror, permitió unos niveles muy altos de aceptación del gobierno para realizar una serie de hechos que atentaron contra la institucionalidad. Podríamos citar, en el orden nacional, los ataques y acusaciones infundadas contras las altas cortes de justicia,

la fiscalía general de la nación y los partidos opositores entre otros; y en el orden internacional, la violación del espacio aéreo del territorio ecuatoriano, así como, generar unas tensiones con la mayoría de los gobiernos de Sudamérica que, a la postre, afectaron al sistema de relaciones internacionales, sobre todo, en materia de intercambios comerciales.

Todo esto termina conectando el miedo con la violencia que constituyen hoy los problemas fundamentales para la organización de cualquier sociedad, en especial la colombiana, pero las formas de afrontarlo que hemos probado durante siglos están lastradas por un error crucial: *ignoran la neurociencia de la agresividad* (Sapolsky, 2018), y por lo tanto no comprendemos las formas culturales que construye la complejidad humana. Necesitamos una Antropología transversal y una cultura neutral (Jiménez, 2016) para la convivencia pacífica.

3. A modo de conclusiones

1.- Para el análisis de la violencia, señalar la utilidad de la tipología que utiliza Johan Galtung (2003) estableciendo así, un punto de partida en el análisis de las violencias. Destacando de dicha tipología la *violencia directa, estructural y cultural*, a las cuales hay que añadir el concepto de *violencia simbólica* de Bourdieu y Passeron (1997) y, especialmente, la *violencia híbrida* (Jiménez, 2018). Vale la pena resaltar lo siguiente (Jiménez, 2012a):

a) *Violencia directa* es la acción que realiza un emisor o actor intencionado (en concreto, una persona), sobre otra persona(s) que sufre(n) un daño, ya sea físico o mental. La *violencia directa* (verbal, psicológica y física) es aquella situación de violencia en que una acción causa un daño directo sobre el sujeto destinatario, sin que haya apenas mediaciones que se interpongan entre el inicio y el destino de las mismas. Es una relación de violencia entre entidades humanas (personas, grupos, etnias, instituciones, estados y coaliciones) siguiendo un proceso, *sujeto-acción-objeto*, sin que casi nada obstaculice la ejecución del mismo.

b) *Violencia estructural* se manifiesta cuando no hay un emisor o una persona concreta que haya efectuado el acto de violencia. Este tipo de violencia se subdivide en interna o externa; la primera, emana de la estructura de la personalidad y, la segunda, proviene de la propia estructura social. La *violencia estructural* define procesos de la violencia en los que la acción se produce a través de mediaciones *institucionales* o *estructurales*. Podría ser entendida como un tipo de *violencia indirecta* presente en la injusticia social, expresada en la desigualdad y en las circunstancias que, en definitiva, hacen que muchas de las necesidades humanas de la población no sean satisfechas cuando con otros criterios de equidad y racionalidad se podrían satisfacer. También, desde su origen y en relación con las mediaciones que la hacen posible, pone de manifiesto los impulsos, incitaciones e interacciones entre unas y otras formas de violencia.

c) *Violencia cultural* se refiere a aquellos aspectos de la cultura que aportan una legitimidad a la utilización del arte, religión, ciencia, derecho, ideología, medios de comunicación, educación, entre otros, con el fin de violentar la vida del ser humano. La *violencia cultural* podría identificarse con la *ideología* de la violencia, semejante a una especie de *superestructura ideológica* de los sistemas violentos; como unas construcciones culturales que conviven, cubren e intentan armonizar y darles coherencia. En este sentido, actúa en todos los ámbitos de la cultura (ética, religión, moral, leyes, ciencia, filosofía, literatura y arte). Por ejemplo, ciertos discursos sociales y políticos se convierten en justificadores de

formas de explotación o marginación; la palabrería y la propaganda alienadora; la manipulación sesgada e intencional de las ideas para perpetrar con éxito el adoctrinamiento generalizado; la información deformada de los *mass media*; algunas costumbres, ritos y actos institucionales que pueden contribuir a difundir directamente la *utilidad* de la violencia; las propuestas que incluyen discriminaciones por razones de creencias, religión, sexo, color de la piel u otras diferencias físicas; las ideas que justifican que el acceso al bienestar no sea igualitario o democrático; las razones que justifican la guerra, la explotación, la marginación, la pobreza, el analfabetismo, la propia marginación cultural... entre otras.

2.- Defendemos la idea de que la violencia cultural es la *base* donde se sustenta la violencia directa y estructural. Ella está integrada por las ideas, los valores, las normas, la tradición entre otros; y estos son rasgos aprendidos que debemos ir transformando en una realidad democrática. Sin olvidar que las manifestaciones culturales son representaciones que mantienen la jerarquización social, convirtiéndose en organizaciones del pensamiento social, debemos reflexionar acerca de las representaciones culturales, y una de ellas en particular, es el lenguaje. Por lo tanto, el lenguaje y las representaciones culturales, son instrumentos extremadamente poderosos a través de los que el poder actúa e instituye la violencia. Todos estos ámbitos e instituciones que construyen violencias culturales constituyen lo que denominamos sociedades humanas. Maturana señala lo siguiente:

Los sistemas sociales son constitutivamente conservadores. El que esto ocurra en el dominio social humano es evidente. Los miembros de una sociedad humana cualquiera realizan esa sociedad con su conducta, y con ella continuamente seleccionan en sus miembros, antiguos y nuevos, esas mismas conductas. Así, por ejemplo, en un club las conductas de sus miembros definen al club, eliminando de él a todos aquellos que no tienen las conductas apropiadas, y confirmando como miembros a todos aquellos que las tienen [...]. Lo mismo pasa en la familia, en las comunidades religiosas... en fin, en cualquier sociedad humana (Maturana, 2009: 10).

3.- Las nuevas formas de globalización resultan no de la ampliación en un espacio geográfico, sino más bien, en lo que respecta a su concentración en un espacio social. Por eso, la relación «centro-periferia» se ha convertido en una relación social, en vez de, en una geográfica. Aquí podemos identificar un nuevo modelo de violencia simbólica en términos de Bourdieu, que desde su punto de vista, es indispensable para comprender las relaciones de fuerza en gran parte de las sociedades. Sí la violencia estructural y la violencia directa, debemos entender el concepto de poder luchar críticamente sobre él:

[...] el efecto de la dominación simbólica (trátase de etnia, de sexo, de cultura, de lenguaje) no se produce en la lógica para las conciencias concedoras, sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos y que sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma (Bourdieu, 2007: 54).

4.- La violencia híbrida es la concatenación de las distintas formas de violencia (VD/VE/VC/VS). Esta violencia, bien podría estar detrás o ser causa de reforzamientos de las fronteras de dichos grupos sociales; así como, de contribuir en la construcción de su universo cultural edificado parcialmente en un juego sinérgico de oposiciones entre el endogrupo y el exogrupo. Las culturas son fruto de la hibridación. Cada cultura tiene como satélite

el resto de culturas, que, en el caso de Colombia, constituye unos indicadores estructurantes (propios de la naturaleza de la violencia), mentales (tendencias y disposiciones a la violencia) y de ausencia de normas (anomia social) que la pudiera limitar. La violencia es transversal dentro de la sociedad colombiana. Esa esencia, esa realidad y esos ropajes construyen la relación de los factores estructurales de la violencia híbrida en Colombia, entre los que podemos señalar la ubicuidad, una disposición arraigada a la violencia y una tendencia al uso de la violencia extrema para solucionar los conflictos.

5.- La violencia en Colombia es un fenómeno de hibridación transversal, poliforme, ubicua, múltiple, añejo y proteico que se remonta hasta el descubrimiento, conquista y periodo colonial; y que, además, se repite con letales efectos en la comunidad colombiana hasta nuestros días, convirtiéndose en telón de fondo de la historia nacional. Esta violencia híbrida, insensata y persistente ha permeado, de tal manera, los espacios y tiempos del acontecer nacional que ha devenido en una Cultura de la violencia. Esto conlleva necesariamente, de un lado, una gran dificultad para definirla, pues en Colombia tiene una compleja superposición de sentidos; y de otro, la dificultad en grado sumo de un proceso de paz y reconciliación nacional.

6.- Concluyendo, la médula central de este análisis busca enfocar las reflexiones en torno a las razones directas y estructurales que alimentan nuestra hipótesis de partida: en la modernidad, la violencia se manifiesta en la obligatoriedad de adaptación al sistema impuesto en cada momento histórico. En definitiva, la inequidad es en sí misma una expresión de violencia híbrida que, de manera sistémica, es junto a las expresiones de violencia directa, estructural, cultural y simbólica, consecuencia de constantes metástasis sociales que siguen carcomiendo el tejido social colombiano.

4. Referencias bibliográficas

- Amnistía Internacional (2004) *Informe sobre la masacre de El Salado*, Bogotá.
- Anrup, Roland (2009) *Una tragedia a la colombiana*, Bogotá, Editorial Debate.
- Bourdieu, Pierre (2007) *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude Pierre (1977) Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica. In *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia, pp. 15-85.
- Braudel, Fernand (1991) *Escritos sobre Historia*, México, F.C.E.
- Camacho Guizado, Álvaro (1991) El ayer y el hoy de la violencia en Colombia: continuidades y discontinuidades, *Análisis Político*, nº 12, Bogotá, pp. 24-39.
- Castro Caicedo, Germán (2011) *La bruja: coca, política y demonio*, Bogotá, Planeta Edición especial.
- Clausewits, Karl von (1994) *De la Guerra*, Barcelona, Labor.
- Forero Martínez, Luz Janet (2010) En Colombia tenemos tasas de homicidios excesivamente altas, Manizales, *Periódico La Patria*, 31 de Marzo.
- Gallo Acosta, Jairo (2008) *El caudillismo mediático en Colombia: el retorno del patriarca*, Bogotá, Anthropos Moderno.
- Galtung, Johan (1964) An Editorial, *Journal of Peace Research*, Vol. 1(1), pp. 1-4.

- Galtung, Johan (1969) Violence, peace, and peace research, *Journal of Peace Research*, Vol. 6(3), pp. 167-191.
- Galtung, Johan (1985) *Sobre la paz*, Barcelona, Fontamara.
- Galtung, Johan (1990) Cultural violence, *Journal of Peace Research*, Vol. 3(27), pp. 291-315.
- Galtung, Johan (2003) *Paz por medios pacíficos*, Bilbao, Bakeaz.
- Geertz, Clifford (1990) *La interpretación de las culturas*, México, Paidós.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (2000) Estratificación social, cultura y violencia en Colombia, *Revista de Estudios Sociales*, n.º. 7, pp. 1-11.
- Hoffman, Frank G. (2007) *Conflict in the 21st Century. The Rise of Hybrid Wars*, Arlington, Virginia, Potomac Institute for Policy Studies.
- Huntington, Samuel P. (1993) The clash of civilization? *Foreign Affairs*, New York, pp. 1-9.
- Institute for Economics and Peace (2012) *Global Peace Index*, Sidney, 2011.
- Jiménez Bautista, Francisco (1997) Juventud y racismo. Actitudes y comportamiento en Granada, Granada, IMFE.
- Jiménez Bautista, Francisco (2004) Propuesta de una Epistemología Antropológica para la Paz, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 34, enero-abril, México, pp. 21-54.
- Jiménez Bautista, Francisco (2011) *Racionalidad pacífica. Una introducción a los Estudios para la paz*, Madrid, Dykinson.
- Jiménez Bautista, Francisco (2012a) Conocer para comprender la violencia: origen, causas y realidad, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 58, Vol. 19, enero-abril, México, pp. 13-52.
- Jiménez Bautista, Francisco (2012b) La violencia en Colombia: el caso de los ‘combos’ en Medellín, Vinllamata, Eduard (Coord.) *Seguridad Humana*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 91-117.
- Jiménez Bautista, Francisco (2014) Paz neutra: Una ilustración del concepto, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 7, pp. 19-52.
- Jiménez Bautista, Francisco (2016) *Antropología ecológica*, Madrid, Dykinson.
- Jiménez Bautista, Francisco (2018) Pensar el conflicto. Lecturas de Georg Simmel para una Paz neutra, *Scienza e Pace*, Vol. IX(1), pp. 255-278.
- Jiménez Bautista, Francisco y González Joves, Álvaro (2012) La negación del conflicto colombiano. Un obstáculo para la paz, *Espacios Públicos*, n.º 34, abril-junio, Toluca, pp. 214-236.
- Jiménez Bautista, Francisco y González Joves, Álvaro (2013) Colombia. Un mosaico de conflictos y violencias para transformar, Madrid, Dykinson.
- Mattis, James and Hoffman, Frank G. (2005) *Future Warfare: The Rise of Hybrid Wars*, USNI. *U.S. Naval Institute. Proceedings Magazine*, Vol. 132(11), pp. 1-2.
- Maturana R., Humberto (2009), *La realidad: ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos de la realidad*, Barcelona/México: Anthropos/Universidad Iberoamericana.
- Molano, Alfredo (2005) *Desterrados: Crónicas del Desarraigo*, Bogotá, Aguilar.
- Moreno Durán, Rafael Humberto (2002) La violencia dos veces pintada. El oidor y el cóndor, *Revista de la Universidad del Quindío*, Armenia, Junio.
- Perea Restrepo, Mario (2009) *Cultura política y violencia en Colombia. Porque la sangre es espíritu*, Medellín, La Carrete Política.
- Reinel, José (2004) Una respuesta a la pregunta: ¿Qué es la guerra? *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 6, pp. 1-28.
- Rojas, Carlos E. (1996) *La violencia llamada limpieza social*, Bogotá, Cinep.

- Sapolsky, Robert (2018) *Compórtate. La biología que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos*, Barcelona, Capitán Swing.
- Simmel, Georg (2010) *El conflicto. Sociología del antagonismo*, Madrid, Ediciones sequitur.
- Uribe, María Victoria (2004) *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Bogotá, Norma.
- Uribe, María Victoria y Vázquez, Teófilo (1995) *Enterrar y callar: las Masacres en Colombia 1980-1983 permanente por la defensa de los Derechos Humanos*, Bogotá, Fondation Terre des Hommes.
- Valencia Gutiérrez, Alberto (1998) *Violencia en Colombia años ochenta y reforma constitucional*, Cali, Universidad del Valle.
- Waldmann, Peter (2007) *Guerra civil terrorismo y anomia social. El caso colombiano en un contexto globalizado*, Bogotá, Norma.
- Zizek, Slavoj (2009) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Barcelona, Espasa.

4.1. Webgrafía

- Bouteldja, Houria (2013) *Raza, clase y género: la interseccionalidad, entre la realidad social y los límites políticos. Parti des Indigènes de la République (PIR)*. Recuperado de: <http://indigenes-republique.fr/raza-clase-y-genero-la-interseccionalidad-entre-la-realidad-social-y-los-limites-politicos>
- Palacio, Luis Adrián (2009) *Fuimos verdugos de la sociedad*, Bogotá, *Diario El Espectador*, Mayo 6.
- Periódico *El Espectador* (2011) *Con serpientes cascabel, paramilitares martirizaban a sus víctimas*, Bogotá, Edición del 31 de Enero.
- Periódico *El Tiempo* (2007) *Por siete ríos corrió la sangre derramada*, Bogotá, Edición del 23 de abril.
- Periódico *El Tiempo* (2007) *Colombia busca a 1.000 muertos*, Bogotá, Edición del 25 de abril.
- Poesiasalvaje.org (2007) *Paramilitares en Colombia: "parte del entrenamiento era descuartizar campesinos vivos"*, Madrid, 22 de marzo, www.poesiasalvaje.org
- Revista *Cambio* (2007) *Bogotá*, Edición Número 750, 15 al 21 de Noviembre.
- Revista *Semana* (2009) *Los "falsos positivos" son una práctica vieja en el Ejército*, Bogotá, Edición del Miércoles 7 de Enero.
- Sierra, María Luz (2007) *Fantasmas de víctimas descuartizadas llevaron a la locura a varios paras en Meta y Casanare*, *El Tiempo*, Bogotá, Edición del 25 de Noviembre.
- Verdadabierta.com (2007) *Paramilitarismo y conflicto armado en Colombia*, Bogotá, en www.verdadabierta.com
- Verdadabierta.com (2009) *Julián Bolívar reconoce que AUC cometieron 20 masacres en Santander*, Bogotá, 2 de marzo, en www.verdadabierta.com
- Verdadabierta.com (2011) *El origen de la sevicia paramilitar en el norte del Valle*, Bogotá, 17 de febrero, en www.verdadabierta.com
- Verdadabierta.com (2011) *Los puntos críticos de Justicia y Paz*, Bogotá, 3 de Octubre, en: <http://www.verdadabierta.com/component/content/article/44>
- Wieland, Carsten (2008) *Diez tesis sobre el cambio del conflicto en Colombia*, Bogotá, Konrad Adenauer Stiftung, en www.kas.de/kolumbien
- Zorro Sánchez, Carlos (2009) *Frente a nuestra cultura de la violencia: un desafío ético inaplazable*, Bogotá, en www.razonpublica.com

Proceso Editorial • Editorial Process Info

Recibido: 17/11/2018 Aceptado: 23/12/2018

Cómo citar este artículo • How to cite this paper

Jiménez Bautista, Francisco (2018) Violencia híbrida: una ilustración del concepto para el caso de Colombia, *Revista de Cultura de Paz*, Vol. 2, pp. 295-321.

Sobre el autor • About the Author

Francisco Jiménez Bautista, Maestro, Geógrafo y Antropólogo, es doctor en Humanidades por la Universidad de Almería, España; profesor titular de Antropología social; investigador del Instituto de la Paz y los Conflictos y Secretario del Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad de Granada, España. Sus líneas de investigación son: Teoría e historia de la paz y los conflictos; Antropología ecológica, urbana, exclusión social y vulnerabilidad; y, Conflictos culturales, migraciones y racismo. Entre sus múltiples artículos y libros destacan: *Juventud y Racismo* (1997); *Las gentes del área metropolitana de Granada. Relaciones, percepciones y conflictos* (2004); *Hablemos de paz* (2007); *Saber pacífico: la paz neutra* (2009), *Racionalidad pacífica. Una introducción a los Estudios para la paz* (2011); *Colombia. Un mosaico de conflictos y violencias para transformar* (2013); *Antropología ecológica* (2016).